

— ¿Y sabéis los detalles de su muerte? preguntó el marqués de Juliers.

— Sí, hasta su último punto, porque mi caballero me la repitió varias veces.

Todos los caballeros y los representantes de las buenas ciudades de Flandes, al oír que Walter iba á contar cómo habian sido los últimos momentos de Douglas el Negro, prestaron la mayor atencion.

PROYECTOS DE INDEPENDENCIA

El jóven embajador inglés lanzó una mirada á su rededor, para ver si todos lo escuchaban en una narracion tan belicosa, y despues de hacer un saludo al Courtrasien, principi6 dirigiéndose á este :

— « Al fin Douglas marchó á España, pues por su desgracia hizo lo que vos le aconsejásteis, señor caballero, en tiempo que el rey Alfonso de Aragon guerreaba contra el sarraceno rey de Granada; y el rey de España rogó al noble peregrino, si en honor de Jesucristo y de la santísima Virgen María no querria romper una lanza contra los infieles.

— « Sí, lo haré de todo corazon, dijo, y sentiré no sea pronto. »

« Al siguiente dia el rey Alfonso salió á los campos para aproximarse á sus enemigos; el rey de Granada hizo lo mismo y pronto se hallaron frente á frente. En cuanto á Douglas el Negro, se puso al

mando de una de las alas con sus caballeros y escuderos escoses, á fin de hacerse mas visible y mostrar mejor su esfuerzo. Al momento que él vió los soldados de una parte y otra formados, y que apercibió que la hora de la batalla iba á llegar, no quiso ser de los últimos y espoleando fuertemente á su caballo toda su compañía siguió su ejemplo, gritando: « ¡Douglas! ¡Douglas! » hasta llegar á las filas del rey de Granada; y allí, creyendo ser seguido por los Españoles, sacó de su cuello el corazon del rey Roberto que llevaba en su cajita de plata, y lo arrojó en medio de los Sarracenos gritando:

— «Marcha delante, noble corazon real, voy á seguirte. »

« Entonces él y sus caballeros entraron tan profundamente entre los Sarracenos, que desaparecieron como el acero en una herida: allí hicieron maravillas de armas; pero ellos no pudieron continuar, pues los Españoles, es vergüenza el decirlo, no siguieron ni á él ni á ninguno de los suyos. Al siguiente dia se le halló muerto, teniendo sobre su pecho la cajita de plata donde tenia encerrado el corazon de su rey, y á su alrededor todos sus compañeros, muertos ó heridos mortalmente; tres ó cuatro pudieron sobrevivir, y el uno de ellos, el caballero de Lockhart, llevó la cajita de plata donde estaba el corazon del rey Roberto, que fué enterrado con gran pompa en el convento de Melrose. Desde aquel tiempo en que los Douglas tenian en sus armas un escudo azul, un jefe de oro, y tres estrellas de argentina y cincelada plata, han substituido á estas armas un corazon sangriento abrazado con una corona, y el caballero de Lockhart ha cambiado su nombre en el de Lock-

heart, que quiere decir corazon cerrado. ¡Oh! continuó Walter exaltándose: ¡sí! ¡sí! se puede decir que era un caballero valiente: que era un noble y rico capitán de guerra, que ha dado setenta batallas y de ellas ganado cincuenta y siete, y que ninguno le hizo mas derrotas que el rey Eduardo, aunque le hubo mas de una vez devuelto sus arqueros, despues de haberles hecho saltar el ojo derecho y cortar el índice, á fin de que ellos no pudiesen asestar sus arcos ni guiar sus flechas. »

— Sí, sí, dijo el obispo de Colonia, el jóven Leopardo hubiera querido encontrar al viejo leon á fin de saber cuál de los dos tenia mejores dientes y mas fuertes uñas.

— Lo habeis adivinado, monseñor, respondió el jóven caballero; ved ahí lo que él esperaba, en tanto que Douglas el Negro existiera, y ved tambien como no lo espera ya, en razon á que Douglas ha muerto.

— ¡A la memoria de Douglas el Negro! brindó Gerardo Denis volviendo á llenar la copa de Walter de vino del Rin.

— Y á la salud de Eduardo III de Inglaterra, dijo Santiago de Artevelle poniéndose en pié y echando una mirada de inteligencia sobre el jóven caballero.

— Sí, continuó el marqués de Juliers, bebamos y riamos, mientras que Felipe de Valois duerme en Francia muy tranquilo.

— ¡Oh! sí lo hará, monseñor, yo os lo juro, respondió Walter; él cree tener buenos aliados.

— ¡Por mi alma! que no se descuide, dijo el caballero de Fauquemont, y ved aquí á mi vecino el Courtrasien que es aun mas flamenco que francés, y

qué no desea mas que el rompimiento, estoy seguro de ello.

— Ciertamente, exclamó Juliers, yo soy flamenco de nombre y flamenco de corazón, y á la primera palabra...

— Sí, dijo Artevelle, á la primera palabra; pero ¿quién dirá esta primera palabra? ¿Podréis esta vez, monseñores de Colonia, de Fauquemont ó de Juliers, abandonar el imperio y hacer la guerra sin el permiso del emperador? ¿Será Luis de Cressy nuestro pretendido señor, que duerme en el Louvre de París con su esposa y su niño como si tal cosa? ¿Serán esas lucrativas ciudades de Flandes las que arrosten una suma de dos millones de florines y la excomunion de nuestro santo padre el papa, si empiezan las hostilidades contra Felipe de Valois? Es una dura tarea el emprender, y aun mas duro es sostener, una guerra contra nuestros vecinos de Francia. El tejedor Pedro Leroy, el pescador Hannequin y vuestro padre, el mismo monseñor de Colonia y de Juliers no han conseguido nada. Si esta guerra viene, ¡bien! nosotros la sostendremos con la ayuda de Dios. Pero creedme, si tarda lo perderemos todo. Así contentémonos con esta paz que disfrutamos. A la memoria del muerto Douglas y prosperidad de Eduardo viviente.

A estas palabras empinó su copa; y todos los convidados que ya estaban de pié siguieron su ejemplo agotando la última gota de vino.

— La genealogía de vuestro halcón nos ha llevado mas lejos de lo que nosotros queríamos ir, señor caballero, continuó el obispo de Colonia despues de un momento de silencio; mas se nos ha pasado el que

vos venís de Inglaterra y no nos habeis dicho qué nuevas hay de Londres.

— Se habla mucho de la cruzada que quiere emprender el rey Felipe de Valois contra los infieles por exhortacion del papa Benedicto XII, y se dice (esto debeis vos saberlo mejor que nosotros, monseñor, pues vuestras comunicaciones con la Francia son mas fáciles que las nuestras, pues las recibimos por la mar) que el rey Juan de Bohemia, el rey de Navarra y el rey Pedro de Aragon van á tomar la cruz con él.

— Es verdad, respondió el obispo de Colonia, pero no sé porqué no tengo grandes confianzas en esta empresa, aunque ha sido ideada por cuatro cardenales, el cardenal de Nápoles ¹, el cardenal de Perigord ², el cardenal Albano ³, y el cardenal de Ostia ⁴.

— Pero el fin, ¿se sabe porqué él la retarda? repitió Walter.

— Una querella entre el rey de Aragon y el de Mallorca, y de la cual Felipe de Valois se ha constituido árbitro.

— ¿Y esta querella tiene alguna causa seria?

— ¡Oh! y de las mas serias, respondió gravemente el obispo de Colonia: Pedro IV habia recibido *homage* de Jaime II por su reino de Mallorca, y habia ido á rendir homenaje del suyo al papa en Aviñon,

1. Annibal Ceccano, arzobispo de Nápoles, creado cardenal por Juan XXII.

2. Talleyrand de Perigord, obispo de Auxerre, creado cardenal por el mismo papa en 1321.

3. Gaucelin d'Eusa, sobrino de Juan XXII, creado cardenal por el mismo en 1316.

4. Bertran Poyet, obispo de Ostia, creado cardenal el mismo año y por el mismo papa.

pero desgraciadamente mientras estaban en la gran ceremonia de la entrada solemne de este príncipe en la ciudad pontifical, el escudero del rey don Jaime dió un latigazo en la grupa del caballo del rey de Aragon; este tiró de la espada y fué en persegui- miento del escudero, que se escapó con gran trabajo. Desde este momento empezó la guerra. Ya veis que no han hecho mal en haberle nombrado el *Cerem- nioso*.

— Pues es menester decirlo todo, ya que se ha suscitado la conversacion, continuó de Artevelle; en medio de la inaccion suscitada por este príncipe, el rey David de Escocia y su esposa han llegado á Pa- ris, viendo que Eduardo III y Bailliol les han dejado en Escocia un tan pequeño reino, que han creido no valia la pena de que estuviesen allí para cuatro for- tificaciones y una torre que les han dejado. Es ver- dad que si el rey Felipe de Vobis enviara á Escocia, en socorro de Alano Vipont ó de Inés la Negra, tan solamente la décima parte del ejército que está reor- ganizando para conquistar la Tierra Santa, pudiera cambiar diabólicamente los asuntos por esta parte.

— ¡Oh! yo creo, repitió Walter con negligencia, que al rey Eduardo le inquieta bien poco, ó mas bien nada, el tal Alano Vipont y su castillo de Loch- leven, y lo mismo la Inés la Negra, hija de Tomás Ran- dolph. Despues del último viaje que hizo á Escocia, las cosas han cambiado absolutamente; no pudiendo encontrar otra vez á Santiago Douglas, se vengó en Archibald : el lobo pagó por el invencible leon. To- dos los condados meridionales le pertenecian; los gobernadores y comandantes de las principales ciu- dades son de él; Eduardo Bailliol le ha hecho home-

naje por la Escocia, y si se le forzara á volver allí, él probaria á Alano Vipont que sus diques son aun mas sólidos que los de Sir John Sterling á la con- desa de March, que las piedras que arrojan las má- quinas y los arietes no siempre se convierten en polvo; y si William Spons está todavía en su servi- cio, el rey tendrá muy buen cuidado de cubrirse con una armadura de excelente temple para ponerse á cubierto de los gajes de amor de Inés la Negra, y para que estos no penetren hasta su corazon.

Todos estaban embebidos en la conversacion, hasta que esta fué interrumpida por el ruido del reloj, que daba las nueve. Como este mueble era absolutamente de nueva invencion, llamó completamente la aten- cion de los señores; y de Artevelle, sea que ya no tenia nada que hacer servir á los señores, sea que desease dar la señal de que se concluia el almuerzo, se levantó y dirigiéndose á Walter :

— Señor caballero, le dijo, veó que estais deseoso como monseñores el de Colonia y de Juliers de exa- minar el mecanismo de este reloj. Aproximaos pues, porque esta es cosa curiosa, os lo juro. Iba dirigida al rey Eduardo de Inglaterra; pero yo he ofrecido un tan gran precio por él al maquinista, que me he ganado la preferencia.

— ¿Y cómo se llama ese traidor, que exporta las mercancías inglesas, no obstante de la prohibicion del rey? dijo Walter riendo.

— Ricardo de Valingfort; es un digno benedicto de la abadía de San Albano, que habia estudiado la mecánica en la herrería de su padre, y que ha pa- sado diez años de su vida en esta obra maestra. Mi- rad : marca el curso que siguen los astros y señala el

del sol, que en veinte y cuatro horas da vuelta á la tierra; allí se ve el flujo y reflujó del mar. En cuanto á la manera con que suena, vedla ahí, son dos bolas de bronce que caen sobre un timbre del mismo metal y un igual número de veces al de la hora que debe marcar, un caballero sale de su castillo y viene á enseñar el número que le corresponde sobre el puente levadizo.

Después que todos hubieron examinado con toda curiosidad y á su placer aquella maravilla (pues lo era en aquellos tiempos), todos se fueron retirando, y Walter, que se habia quedado el último, iba ya á hacerlo como los otros, cuando Santiago le puso la mano sobre la espalda y le dijo :

— Si no me engaño, caballero, cuando os hemos encontrado en la puerta de nuestra casa en compañía de Gerardo Denis, vos no haciais mas que llegar á la ciudad de Gante.

— En aquel mismo instante, respondió Walter.

— Yo no lo dudaba, y así me he ocupado de buscaros la posada.

— Yo habia encargado á Roberto de ese cuidado.

— Roberto estaba fatigado : además tenia hambre y sed : Roberto, en fin, en tan poco tiempo le hubiera sido imposible el hallar un alojamiento digno de vos; yo le he enviado á almorzar con mis servidores y los de los convidados, y me he reservado el cuidado de conducirlos á vuestro departamento y de hacerlos los honores.

— Pero un nuevo huésped, en unos momentos en que vos teneis tan numerosa compañía, no solamente no puede dejar de causaros un trastorno considera-

ble, pero aun dará á la importancia del viajero una idea demasiado exagerada.

— En cuanto al trastorno que esto pueda causarme, podeis quedaros sin la menor inquietud; pues el departamento que habitaréis es el de mi hijo Felipe, que aun todavía no ha cumplido los diez años, me parece no os incomodará en lo mas mínimo en vuestra nueva posesion; esta comunica con la mia por un corredor, y si se os ofrece podreis venir á mi lado ó yo ir al vuestro sin necesidad de que nadie lo sepa; por otro corredor se va á la calle, por el cual, si gustais, podeis recibir á la persona que os parezca. En cuanto á vuestra importancia será perteneciente á vuestra voluntad y no á vuestra condicion, y para mí como para todos no sereis mas que lo que á la vista de todos.

— ¡Pues bien! dijo Walter tomando su partido con la prontitud que acostumbraba tener en sus decisiones, yo acepto con placer vuestra hospitalidad, y espero que en Londres tendré lugar de hospedaros en mi casa y pagaros vuestra generosidad.

— ¡Oh! respondió Artevelle con aire de duda, no creo que jamás me permitan mis asuntos pasar la mar.

— ¿Ni aun si se ofreciera hacer una buena compra de lanas?

— No dejareis de saber, caballero, que la exportacion de esta mercancia está prohibida.

— Si, pero el que ha dado la orden puede revocarla.

— Estas son cosas de grande importancia, respondió de Artevelle poniéndose un dedo sobre la boca, para hablarlas de golpe ante una puerta, y mas, si

esta puerta está abierta, como sucede á la que tenemos delante; no se trata á fondo de semejante asunto, sino con la puerta cerrada y sentado frente á frente á cada lado de una mesa, sobre la cual haya un buen surtido de botellas de vino tan solamente para sostener la conversacion, y sabed que podemos hallar todo esto en vuestro alojamiento; conque si gustais podemos subir, caballero Walter.

Al decir estas palabras, hizo una seña á un criado que, tomando una antorcha de cera de las que alumbraban el testero de la sala, marchó ante ellos para ir alumbrándolos. Llegados á la puerta del alojamiento, el criado abrió y se retiró: Walter y Artevelle entraron, y este último cerró tras sí.

LOS DOS COMPADRES

Walter halló en efecto preparado de antemano todo lo que Santiago habia juzgado necesario para entablar una conversacion diplomática. Había una mesa en medio de la cámara, y á cada lado de dicha mesa dos siales, que esperaban á los dos discutidores; sobre la mesa habia una enorme jarra de plata, que prometia al primer golpe de vista bastante licor para que se humedeciesen las fauces de los dos interlocutores durante la discusion, por larga que fuera.

— Caballero Walter, dijo Artevelle permaneciendo aun cerca de la puerta, ¿teneis la costumbre de dejar para el dia siguiente los negocios importantes que pudiérais despachar en el momento?

— Señor Santiago, contestó el jóven respaldándose en el sial y cruzando una pierna sobre otra, ¿Haceis vuestros negocios antes ó despues de comer?

— Cuando son importantes, replicó Artevelle aproximándose á la mesa, no tengo hora fija.

— Como yo, añadió Walter; sentaos y hablemos.

Artevelle se apoderó del otro sitio con una viveza que indicaba el placer que sentía al conformarse con esta invitación.

— Maese Santiago, continuó Walter, habeis hablado durante el almuerzo de la probabilidad de una guerra entre Flandes y Francia.

— Caballero Walter, dijo Artevelle, vos habeis dicho despues del almuerzo, algunas palabras sobre la felicidad de un tratado de comercio entre Flandes é Inglaterra.

— El tratado presenta grandes dificultades; no obstante, es posible.

— La guerra tiene sus golpes peligrosos; no obstante, con prudencia es fácil arriesgarse.

— Vamos, ya veo que nos entenderemos; por lo pronto, marchemos derecho al asunto y no perdamos el tiempo.

— Pero antes que yo os conteste á pregunta alguna es preciso que sepa quién me las hace.

— El enviado del rey de Inglaterra, y ved aquí sus plenos poderes, dijo Walter sacando un pergamino de su porta-pliegos.

— ¿Y á quién se dirige esa embajada?

— Al que es dueño absoluto de los negocios de Flandes.

— Entonces, esos poderes parten directamente...

— Del rey Eduardo, como lo atestigua este sello, y os lo probará su firma.

— ¡Y qué! ¿monseñor el rey de Inglaterra no se ha desdeñado de escribir á un podre diablo como yo?

dijo Santiago con un sentimiento de vanidad mal disfrazado bajo la apariencia de duda. Curioso estoy por saber qué título me da, porque el de *hermano* pertenece á los reyes, el de *primo* á los pares, y el de *monseñor* á los nobles, y yo no soy ni rey, ni par, ni noble.

— Pues por lo mismo él ha escogido uno menos enfático y mas amigable que todos esos que acabais de citar, leed.

Artevelle tomó la carta de manos de Walter, y aunque tenia muchisimas ganas interiormente de saber en los términos que le escribia un rey tan poderoso como Eduardo, hizo como que no buscaba mas que la certeza y la identidad de la firma.

— Sí, sí, dijo él jugando con el sello real, ved ahí los tres leopardos de Inglaterra: uno para cada reino: y es bastante para defenderlos, continuó Santiago riéndose, y para devorarlos. Es un grande y poderoso rey Eduardo, y tan severo como justiciero en su reino. Veamos lo que nos hace el honor de decirnos:

« Eduardo III, rey de Inglaterra, duque de Guyena, par de Francia, á su *compadre* Santiago de Artevelle, diputado de la ciudad de Gante y representante del duque de Flandes Luis de Cressy...

» Sabed que enviamos cerca de vos al caballero Walter, del cual reconoceré, como mio propio, todo tratado de guerra, de alianza ó de comercio que él formare con vos. »

— Es como lo habeis dicho; reconozco el sello y la firma de Eduardo.

— ¿Entonces me considerais como su representante?

— Y con todos sus plenos poderes, es incontable.

— Pues bien, seamos francos, ¿vos quereis la libertad del comercio con Inglaterra?

— ¿Entra en vuestros proyectos el de hacer la guerra á la Francia?

— Ya podeis conocer que tenemos necesidad de lo uno y de lo otro, y que los intereses de Eduardo y los de Santiago de Artevelle, aunque indiferentes en la apariencia, se tocan muy de cerca en la realidad. Abrid las puertas á nuestros soldados, y se las abriremos á vuestras mercancías.

— Vais demasiado de prisa en vuestra tarea, mi jóven amigo, dijo Santiago sonriéndose: cuando se emprende una guerra ó una especulacion, es un punto en el cual se debe estar conformes; ¿no es así? pues bien, en el momento de emprender cualquier cosa, es menester pensarlo con mucha chaza; y cuando ya con mucho despacio se ha examinado y con toda la atencion posible, entonces se puede deliberar, y así yo nunca emprendo nada hasta tener siquiera una probabilidad de buen éxito.

— Nosotros tendremos mil probabilidades.

— Ved ahí una respuesta que no quiere decir nada. Tened cuidado de no engañaros con las armas de Francia: vosotros las tomáis como azucenas olorosas, y son en la realidad armaduras bien templadas y lanzas punzantes. Creedme, si vuestros leopardos acometen solamente la empresa, y ensañan allí sus uñas y sus dientes, no harán nada que valga la cosa, amiguito Walter.

Tampoco el rey Eduardo será el que empiece la

guerra sin el apoyo del duque de Brabante, los señores del imperio y las ciudades de Flandes.

— Ved ahí justamente donde está la dificultad. El duque de Brabante es uno de esos hombres de carácter demasiado seco, para tomar partido entre Eduardo III y Felipe IV, sin tener para ello fuertes razones.

— Puede que ignoreis que el duque de Brabante es primo hermano del rey de Inglaterra.

— No, no creais que lo ignoro; pero tampoco ignoro que el duque de Brabante está tratando de desposar á su hijo con la hija del de Francia, y la prueba es que el príncipe ha devuelto su palabra al conde de Hainaut, que pensaba casar con él á su hija Isabel.

— ¡Diablo! dijo Walter, pero me parece al menos que esta resolucion de que hablais, no ha ganado á los otros señores del imperio, y que el conde de Juliers, el obispo de Colonia, el caballero de Fauquemont y el Courtrasien no desean mas que ponerse en campaña.

— La cosa es cierta, solamente que los tres primeros dependen del imperio, y no pueden hacer la guerra sin el permiso del emperador. En cuanto al cuarto, ese es libre; pero no es sino un simple caballero que no posee mas que su cota de malla; el cual ayudará al rey Eduardo con su persona y sus dos escuderos, y ahí está todo.

— ¡Por san Jorge! dijo Walter, podemos aun contar con las gentes de Flandes.

— Todavía menos, señor caballero, pues nosotros estamos aliados por un juramento, y no podemos nacer la guerra al rey de Francia sin incurrir en

una suma de dos millones de florines y la excomunion pontifical.

— ¡Por mi alma! exclamó Walter, vos me habeis dichos que la guerra contra la Francia era peligrosa; pero me hubiérais debido decir, que os parecia que era imposible,

— Nada hay imposible en este mundo, para quien se toma el trabajo de examinar bien y detenidamente las cosas; no hay resolucion que no se fije en tratado, y se pueda batir en brecha con ariete de oro, y juramento que no tenga un boquete tras del cual el interés haga un buen oficio. Y si no, escuchadme.

— Ya os escucho, dijo Walter.

— En primer lugar, prosiguió Artevelle haciendo como que no habia reparado en la impaciencia del joven caballero; examinaremos á los que de antemano son para el rey Felipe y para el rey Eduardo, y que ya nada puede hacerlos cambiar de partido.

— ¿El rey de Bohemia?

— Su hija se ha desposado con el delfin Juan.

— ¿El obispo de Lieja?

— Felipe le prometerá el cardenalato.

— ¿Los duques de Austria, Alberto y Othon?

— Estaban para venderse; pero ya los han comprado. En cuanto al rey de Navarra y al duque de Bretaña, son para la Francia; pasemos ahora á los que son para la Inglaterra.

— En primer lugar, Guillermo de Hainaut, suegro del rey Eduardo.

— Ya sabeis que padece de gota.

— Su hijo le sucederá, y estoy tan seguro del uno como del otro. En seguida Juan de Hainaut,

que está ahora en la corte de Inglaterra y que ha hecho ya su promesa al rey.

— Si lo ha prometido; lo cumplirá.

— Reynaldo de Gueldres, que ha contratado matrimonio con la princesa hermana del rey.

— Muy bien; ¿despues?

— Estos son todos. Ved ahí nuestros amigos y enemigos seguros.

— Pasemos entonces á los que no están aun decididos ni por el uno ni el otro.

— O que un gran interés pueda hacerlos pasar á uno ú otro partido.

— Es lo mismo. Empecemos por el duque de Brabante.

— Vos me lo habeis pintado como un hombre sin resolucion, y por lo tanto sería difícil hacerle adoptar un partido.

— Sí, pero contra siete vicios hay siete virtudes; me he olvidado de deciros que es aun mas avaro que irresoluto.

— Eduardo le dará cincuenta mil libras esterlinas, si es necesario, y pondrá un sueldo á cada hombre de armas que él le envíe.

— Ved ahí lo que se llama hablar. Yo os respondo ya del duque de Brabante.

— Ahora pasemos al marqués de Juliers, al obispo de Colonia y al caballero Fauquemont.

— ¡Ah! estos son unos valientes señores, dijo Artevelle, ricos y poderosos que uniformarian cada uno mil guerreros, si recibieran la autorizacion de Luis de Baviera, su emperador.

— ¿Mas no hay un tratado entre el rey de Francia y él?

— Sí, un tratado formal y positivo, por el cual el rey de Francia le está vedado el adquirir nada de las tierras del imperio.

— Poco á poco, exclamó Walter; me parece...

— ¿Qué? dijo Artevelle riéndose.

— Que en contra de este tratado el rey Felipe ha adquirido el castillo de Creve-Cœur en Cambresis y el de Arleix-en-Pueble; estos castillos son tierras del imperio, y altas y relevantes para el emperador.

— Vamos pues adelante, dijo Santiago, como si quisiera abrir camino á Walter.

— Y estas causas son suficientes para motivar una guerra.

— Sobre todo cuando el rey Eduardo garantice el costo de ella.

— Yo encargaré mañana al marqués de Juliers, para que vaya cerca del emperador.

— ¿Y en virtud de qué poderes?

— Tengo firma en blanco del rey Eduardo.

— ¡Bravo! ved ahí ya resueltas dos de nuestras dificultades.

— Nos resta aun la tercera.

— Y la mas escabrosa.

— ¿Y vos decís que las ciudades de Flandes tienen hecho un tratado por el cual, en caso de hostilidad de su parte, contra Felipe de Valois?...

— No contra Felipe de Valois, sino contra el rey de Francia... el texto es positivo.

— Que sea Felipe de Valois ó el rey de Francia, poco importa.

— Por el contrario, importa mucho.

— En fin, en caso de hostilidad contra el rey de Francia, las buenas ciudades de Flandes deberán

pagar dos millones de florines é incurrir en la excomunion del papa. Pues bien, esos dos millones de florines los pagará Eduardo, y en cuanto á la excomunion papal...

— Pero, por Dios santo, eso no es todo, dijo Santiago; los dos millones de florines es una bagatela, y en cuanto á la excomunion, ya haremos que el papa de Roma nos levante la del de Aviñon. Pero hay en todo eso una cosa mas sagrada para nosotros los comerciantes, y es nuestra palabra, nuestra palabra que vale mas oro que todo el mundo, y la cual, perdida ó empeñada una vez, no se recobra nunca. ¡Ah! jóven caballero, buscad bien, continuó Santiago; ¡hay medios para todo, Dios mio! ¡no se da prisa para descubrirlos! vos comprendéis de qué importancia es para el rey Eduardo encontrar propicia á Flandes con sus inexpugnables fortalezas y sus puertos.

— Por Dios, dijo Walter, este es su parecer tambien, y ved ahí porqué yo he venido en su nombre para entenderme directamente con vos.

— Entonces, ¿si no se halla medio de reconciliar la palabra de Flandes con los intereses de la Inglaterra, y el rey Eduardo no está dispuesto á hacer algunos sacrificios?...

— En primer lugar, el rey Eduardo entregará á los Flamencos Lille, Douai y Bethune, que son tres puertos que la Francia tiene abiertos, y que Flandes tendrá cerrados.

— Ya esto es diferente.

— El rey de Inglaterra arrasará y quemará la isla de Cadsand, que es un refugio de piratas italianos y

franceses, y que sostiene el comercio de las piraterías con la Dinamarca y la Suecia.

— La isla es fuerte.

— Gualtero de Mauny es valiente.

— En seguida...

— En seguida el rey Eduardo levantará la prohibición de exportación que ha puesto sobre las lanas del país de Gales y los cueros del condado de York; de suerte que el comercio se hará libremente entre ambas naciones.

— Y semejante acción será verdaderamente lucrativa para los intereses de Flandes, dijo Artevelle.

— Y la primera remesa que el rey envíe, que se compondrá de veinte mil sacos de lana, será enteramente dirigida á Santiago de Artevelle, que...

— Que los distribuirá al instante á los de este comercio, atendiendo á que él es diputado y no mercader.

— ¿Pero que aceptará con gusto una comisión de cinco esterlinas por saco?

— Esto es justicia, y según las reglas del comercio, respondió Artevelle; el ítem está ahora en hacer esta guerra sin faltar á nuestra palabra. ¿Estais?

— ¡Bah! yo creo que lo buscaré sin dilación, aunque soy poco experto en esta materia.

— Tengo una idea, dijo Artevelle mirando fijamente á Walter, y disimulando mal una sonrisa de superioridad. ¿Cuáles son los motivos porque Eduardo III va hacer la guerra á Felipe de Valois?

— Por el motivo de ser verdadero hereditario del trono de Francia, al cual tiene derecho por la reina Isabel, hermana del rey Carlos IV y madre de

Eduardo III, sobrino del difunto rey; mientras que Felipe no es más que primo hermano.

— ¡Bien! dijo Artevelle, entonces cuando Eduardo cambie por la flor de lis los leopardos de Inglaterra, y tome el título de rey de Francia...

— ¿Entonces?

— Entonces... le obedeceremos como á rey de Francia; y visto que nuestras obligaciones son hácia él, y no, como yo os lo decia, hácia Felipe de Valois, pediremos á Eduardo nos deje nuestra fe, y Eduardo nos la dará como rey de Francia.

— Es verdad, dijo Walter.

— Y nosotros no faltaremos á nuestra palabra.

— ¿Y vosotros nos ayudaréis en la guerra contra Felipe de Valois?

— Con todo nuestro poder.

— Esperamos será con vuestros soldados, vuestras ciudades y vuestros puertos.

— Sin duda alguna.

— Por mi alma, que sois un hábil teólogo, maese Artevelle.

— En esta cualidad quisiera me permitiérais haceros la última observación.

¿Cuál?

— Es que el rey Eduardo ha hecho homenaje al rey de Francia como á su señor feudal, por el ducado de la Guyena.

— Sí, pero este homenaje es nulo, exclamó Walter.

— ¿Y cómo? dijo Artevelle.

— Porque, exclamó Walter olvidando que estaba fingiendo su papel, porque yo lo he hecho de boca

y por palabras solamente; pero sin poner mis manos entre las del rey de Francia.

— En ese caso, monseñor, dijo Artevelle levantándose y descubriéndose al mismo tiempo, en ese caso vuestra alteza puede hacer lo que tenga por conveniente.

— Vamos, tú eres mas fino que yo, compadre, dijo Eduardo tendiendo su mano á Artevelle.

— Y probaré á vuestra alteza, respondió Santiago inclinándose, que los ejemplos de confianza y lealtad que me habeis dado, no quedarán perdidos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

CONQUISTA DE CADSAND

Nuestros dos interlocutores habían dicho verdad; Eduardo III, fuese por azar ó por providencia, no tenía, cuando rindió homenaje al rey de Francia en la ciudad de Amiens, puestas sus manos entre las del rey Felipe de Valois. Así que terminó la ceremonia, el señor feudal se quejó con el vasallo de esta omision, el cual respondió que no sabia que era tal la costumbre de sus feudatarios, pero que iba á volver á Inglaterra á consultar los cargos y privilegios, donde las condiciones del homenaje estaban consignadas. En efecto, de vuelta á Londres, Eduardo vió que este punto importante había sido omitido por él, y consintió que en las cartas patentes donde debía constar, se pusiera que todo había pasado en las reglas consiguientes á esta ceremonia, y constaba que el auto había sido jurado, y que LAS MANOS DEL REY DE INGLATERRA HABÍAN SIDO PUESTAS ENTRE LAS DEL REY DE FRANCIA.